

DE RECOLECTORES A PORCICULTORES : CIEN AÑOS DE GANADERÍA PORCINA EN GUANAJUATO, JALISCO Y MICHOACÁN

Patricia Arias
IES/Universidad de Guadalajara
Guadalajara, México

En la pequeña franja fronteriza donde se localizan las poblaciones de La Piedad en Michoacán y Santa Ana Pacueco en Guanajuato crece y prospera desde hace más de veinte años la ganadería porcina en México ; allí, en esa pequeña microregión del occidente del país se localiza sin lugar a dudas el epicentro nacional de la producción de puercos para el enorme mercado de la Ciudad de México : en 1985, unas trescientas granjas de engorda de puercos enviaron casi un millón de animales en pie a los mercados urbanos extrarregionales.

De hecho, sólo de la pequeña localidad de Santa Ana Pacueco, donde en ese mismo año había 198 granjas porcícolas, salió más de la mitad (481 084) de los puercos en vivo engordados en el estado de Guanajuato hacia los rastos del Distrito Federal, el Estado de México y otros más alejados. Y esto sin contar los miles de animales que salen directamente empacados para los obradores de la ciudad de México y los que en forma de embutidos se distribuyen a toda la república.

Este indudable crecimiento y éxito de la porcicultura en esa pequeña micro-región fronteriza entre las tierras altas de Jalisco y Michoacán y las tierras bajas de Guanajuato suele atribuirse convencionalmente a esa dinámica general del desarrollo agropecuario que empezó a configurarse desde los años sesenta en el campo mexicano. Así la porcicultura piedadense aparece como un típico buen ejemplo de la manera en que durante casi veinte años se volvió tan común para interpretar la sociedad rural : su relación y sometimiento a las tendencias y mecanismos extralocales, por lo regular internacionales, de la economía agropecuaria nacional (Feder, 1980).

Manera que se volvió tan persistente e impermeable que ha tenido a lo menos dos grandes y prolongadas consecuencias : la dificultad para captar la existencia e incidencia de los factores locales en los desarrollos agropecuarios regionales y la dificultad adicional para

detectar los cambios recientes que la propia sociedad rural ha puesto en marcha para sobrevivir, mantenerse y crecer. A la luz de lo que se observa en el mundo rural de ahora, esas nociones de los setentas parecen cada vez más insuficientes para entender la economía y sociedad ganaderas que se han desarrollado en la región occidental del país en estos últimos años.

Desde principios de los años setenta se empezó a difundir y a hacer cada vez más común la idea de que el desarrollo porcícola piedadense era un ejemplo más del resultado de la influencia externa impuesta por los capitales transnacionales en la agricultura mexicana : la producción de pollo, puerco y huevo tenía que ver sobre todo con las tendencias de consumo de los países centrales y se basaba en los modelos tecnológicos más modernos acuñados en esos países : confinamiento de los animales en granjas donde se controlaba su engorda o capacidad de postura con base en dietas altamente especializadas, para lo cual se requería además de una gran transformación en los cultivos (Pérez Espejo, *sf* y 1987).

Los cambios agrícolas que se habían constatado dos décadas más tarde eran sin duda impresionantes : en esos veinte años se había modificado drásticamente el patrón de los cultivos regionales. Entre 1961 y 1980, el crecimiento medio anual del sorgo fue de 16.6 % en el estado de Michoacán, lo que acarrió el rotundo desplazamiento del trigo, el segundo cultivo comercial tradicional de esa entidad. En Guanajuato, donde están las mejores tierras de la región, la expansión del sorgo fue también espectacular : de las 197 566 hectáreas que se sembraron en 1963, se pasó, en veinte años, a 1 517 763 hectáreas bajo ese cultivo. La porcicultura era cada vez más dependiente y fomentadora de ese grano que volvió a ser el enorme paisaje abajeño entre Celaya y San Ana Pacueco.

Por si fuera poco en la actividad propiamente porcícola se advertían algunas peculiaridades y se constataban sus consecuencias : la proliferación de granjas de engorda y la nula normatividad sobre el giro habían contaminado sin límite al río Lerma, el que un día fuera el más imponente del México central ; existía y se mantenía una estructura de comercialización tan caótica y enmarañada que resultaba tremendamente encarecedora de los puercos en el mercado urbano ; la expansión de las empresas porcícolas dependía de las oportunidades que creaban las crisis recurrentes del giro más que de sistemas planificados de desarrollo (Chapela y Mendoza, 1982).

El importante sector local de porcicultores que había surgido había aprovechado muy bien la expansión del mercado urbano de la ciudad de México para crecer y consolidarse, para comenzar a integrar de manera verti-

cal sus empresas¹. El proceso era sin embargo muy selectivo - eran cada vez menos los que podían efectivamente crecer -, y sobre todo muy peculiar: aunque la integración avanzaba en muchos sentidos - implementación de modernos rastros, fábricas de alimentos balanceados, laboratorios de medicinas, desarrollo de complejos sistemas de almacenamiento de granos y de transporte de animales -, persistía la separación entre la cría y la engorda y se mantenía y reproducía, por toda la región, la explotación doméstica o de "traspatio" de animales. A diferencia de lo que se encontraba en otras regiones, en La Piedad-Santa Ana no se daba una tendencia consistente hacia la formación de granjas de ciclo completo como se llama al sistema que reúne la reproducción y la engorda de los animales.

De un modo u otro, estas peculiaridades se han considerado la expresión más palpable del carácter "intermedio", finalmente "dependiente" de la porcicultura en esa región central del país.

Pero, mirar el pasado y observar el presente desde la óptica local ofrece otra historia y trayectoria de la porcicultura que ayuda a entender quizá mejor, tal vez de un modo distinto, esas cercas peculiaridades de la porcicultura piedadense: la vitalidad y organicidad de la separación entre las actividades de cría y de engorda, los vínculos entre las grandes y pequeñas explotaciones de ganado, finalmente, la fortaleza de su especialización y articulación regionales.

HISTORIA DE POLLOS Y PUERCOS (1890-1930)

El ferrocarril porfiriano que a partir de 1888 empezó a comunicar como nunca antes a las ciudades de México y Guanajuato, instaló a seis kilómetros de La Piedad, pero del otro lado del río, en tierra guajuatense, la estación "La Piedad" que le permitió a esa población de casi veinte mil habitantes mantener y en verdad modificar su vieja condición de "puerto", de frontera política y sobre todo ecológica entre dos regiones de posibilidades muy distintas: las tierras magras de los altíos de Michoacán y Jalisco y las muy ricas del Bajío guajuatense que allí precisamente comienza.

¹ Ciertamente la otra clave para entender las peculiaridades y posibilidades de la porcicultura regional, radica en el origen y las modalidades de desarrollo del empresariado local que ha sido capaz de desplazar y sustituir a las transnacionales en la región, pero esto es algo que no se puede abarcar en este trabajo.

Frontera que hasta ese momento había sido utilizada como lugar de un intenso mercadeo por los arrieros que allí intercambiaban los bienes agrícolas de Colima y el interior de Michoacán y los artículos y productos de las tradiciones manufacturera y agrícola cerealera del Bajío. La Piedad era un centro mercantil importante para los arrieros de múltiples rumbos de tierras tropicales, alteñas y abajeñas.

A la vuelta del siglo, la arriería basada en esa producción rural diversificada y de pequeña escala ya había sido minada por el comercio a través del ferrocarril, por los nuevos productos y sistemas de mercadeo que a partir del tren se habían estrenado en la región.

Sin embargo, había comenzado a cobrar fuerza una modalidad comercial mucho más especializada. La posibilidad de llegar con facilidad y rapidez a las ciudades de México y Guadalajara, los mercados más importantes del país en ese momento, dinamizó como nunca antes un pequeño quehacer mercantil que se practicaba desde antaño en las regiones alteña y abajeña: el embarque de animales y huevo con destino a la ciudad de México, que se convirtió desde entonces en su mercado indiscutible.

Aparte de los que ya existían, muchos de los viejos arrieros se hicieron "rancheadores", otros se iniciaron como tales, es decir, como gente que con algunos caballos, burros o mulas, recorría las rancherías en busca del puerco gordo, gallina, pollo o huevo que hubiera "para vender". El rancheador no cubría rutas fijas, aunque cada uno prefería ciertos rumbos de los tres estados que se abarcaba: el noroeste michoacano hasta Purépero; los Altos de Jalisco hasta Degollado; el suroccidente guajuatense hasta las cercanías de Pénjamo.

Las mujeres de los ranchos estaban siempre muy atentas a la visita de los rancheadores: ellas eran en verdad las propietarias y cuidadoras de huevos, pollos y puercos y su venta era la manera más socorrida, a veces la única, que tenían las mujeres para procurarse un ingreso en efectivo.

Para que un viaje "costeara", un rancheador tenía que regresar con unas 30-40 gallinas o pollos que entregaba a los "gallineros" o "puerqueros" que había en cada localidad cercana a La Piedad, quienes a su vez los llevaban a esa ciudad a los embarcadores, a las casas especializadas en trasladarlos y colocarlos en los mercados y tiendas de la capital del país.

Los animales de entonces eran "criollos" que andaban sueltos y crecían, engordaban, daban crías y ponían huevos a partir de una alimentación donde abundaba el maíz, el garbanzo, las mezclas variadas de semillas también criollas. Pero aunque el tipo de animal y la alimentación eran similares, los animales se daban

mejor, se enfermaban y morían menos en las tierras altas de Jalisco y de Michoacán. Allí, en los Altos se localizaban sin duda los territorios de la engorda de los animales y la postura de huevo, ése era el epicentro de las ganaderías porcícola y avícola de la época.

Y esta diferencia se conocía y manejaba muy bien en la micro-región. A fines del siglo pasado, los ingresos más elevados del municipio de Arandas en los Altos de Jalisco se obtenían por la venta de tres mil cargas de huevo y cinco mil puercos gordos (Olveda y Castillo, 1988). En contraste, hacia las mismas fechas, en todo el distrito rentístico de La Piedad había sólo 3 385 puercos y en el municipio piedense se contaron apenas 912 puercos

seguridad para aproximar los territorios pecuarios con los agrícolas. Al parecer, influyó también la compra de camiones para trasladar a los animales por carretera, vía que empezaba a resultar más transitable y rápida para colocarlos en esa ciudad de México que crecía a cada vez con mayor velocidad.

Pero curiosamente en la década siguiente se suscitaron las dos mayores mortandades de animales que se conocen : en 1947 la fiebre aftosa que acompañada del "rifle sanitario" acabó con las vacas y puercos y, poco después, en 1953 el *new castle* que arrojó con los pollos. Ciertamente hay muy plausibles explicaciones técnico-económicas de ambas mortandades. Pero quizá se puede pensar que algo tuvo que ver el desarrollo

nal : la cría de los animales, es decir, la etapa más riesgosa y costosa de la vida del puerco se trasladó a las tierras más elevadas : los Altos de Jalisco, el nororiente de Michoacán. La engorda, es decir, el período en que el animal es más fuerte y requiere sobre todo de cantidades impresionantes de comida, se ubicó en el Bajío, allí donde es más fácil y menos costoso proveer el alimento que llega desde múltiples rincones de la geografía nacional... e internacional.

Esta renovada articulación espacial y especialización pecuaria permitió el mantenimiento de un quehacer y un ingreso femininos que resultó cada vez más crucial en la economía familiar de las familias rurales de la micro-región. La cría y venta de lechones forma parte de la historia secreta del trabajo con que las mujeres han podido enfrentar la crisis agraria y agrícola que tanto afectó las actividades sobre todo masculinas y las exigencias crecientes de dinero en la sociedad rural desde los años sesentas (Arias, 1990).

También mantuvo y dinamizó el oficio de "rancheador", ahora de "lechón", del pequeño puerco que a los diez kilogramos empieza a ser apto para iniciar la fase de engorda. Dos "tianguis" de puerco - uno en las cercanías de Puruándiro, en el nororiente michoacano y el otro en San Julián, en un extremo de los Altos de Jalisco - son las instituciones comerciales - ciertamente "informales" pero ampliamente conocidas y utilizadas - donde se reúnen cada día los miles de lechones que han nacido en casi todas las casas rurales de la amplia región de abasto y que a través de los rancheadores son incorporados a las granjas de La Piedad-Santa Ana Pacueco para su etapa final de engorda. Es el momento y la ocasión donde cotidianamente se reúnen y articulan la porcicultura doméstica y la porcicultura de granja, las engordas de gran escala.

Esto no es extraño porque a diferencia de lo que se suele afirmar sobre la calidad de los puercos domésticos o de traspatio, hay que decir que los lechones que nacen y se crían en condiciones domésticas correspon-

den perfectamente a las razas y tipos que actualmente se utilizan en las granjas de engorda. En este sentido las familias rurales - rancheras y campesinas - han participado y se han adaptado a cada fase y modalidad del desarrollo pecuario regional desde hace más de un siglo a los menos.

DIVERSIFICACIÓN Y ESPECIALIZACIÓN : LOS AÑOS RECIENTES

Así van las cosas, parecería que la especialización de La Piedad-Santa Ana en la engorda de puercos y la persistencia de las explotaciones domésticas de cría puede entenderse no tanto como una fase "intermedia", de algún modo unilineal, en el desarrollo de la porcicultura, sino sobre todo como la expresión de una modalidad de organización porcícola basada en la capacidad de hacer persistir de manera siempre renovada una vieja articulación micro-regional originada en la diversidad ecológica entre las tierras altas de Jalisco y Michoacán y las del Bajío guanajuatense.

Capacidad que se relaciona sin duda también a la existencia y fortaleza de esa microhistoria del trabajo rural de la avicultura y porcicultura de pequeña escala que desde el porfiriato a lo menos se convirtió en una de las vías más diversificadoras del empleo y dinamizadoras del trabajo y los ingresos femenino y masculino en la región y que, poco a poco, dio lugar además a una auténtica cultura del trabajo pecuario. Esta cultura del trabajo es la que ha estado detrás de la enorme habilidad de la población para hacer suyas las técnicas y los sistemas de trabajo, para afrontar los muchos cambios de la ganadería porcícola en este siglo.

Ciertamente esta microhistoria de complementariedades complejas y cambiantes ha sido siempre desventajosa para los de las tierras altas, pero también ha sido seguramente imprescindible, por lo menos en ciertas etapas, para el conjunto de la vida micro-regional. Como la actual sin duda.

Porque la especialización de La Piedad-Santa Ana es también un producto plenamente moderno, como se dice tanto ahora en México: es el resultado y en verdad uno de los más notables ejemplos de ese doble proceso bastante generalizado que se advierte en las ciudades pequeñas de la región central del occidente mexicano: la diversificación de la economía rural y, al mismo tiempo, la especialización regional de la economía, en este caso, la ganadería porcícola (Arias, 1990).

Diversificación y especialización de las economías rurales que hacen posible que, hoy por hoy, las familias rurales de la región obtengan los recursos de su sobrevivencia a partir de una multitud de ingresos, donde la cría de lechones juega un papel cuya relevancia fluctúa de acuerdo a las posibilidades familiares y a los ciclos de la

BIBLIOGRAFÍA

- ARIAS P., 1990. *Diversification et Spécialisation dans la société rurale. San Francisco del Rincón, un exemple de l'Ouest mexicain*, Thèse, Toulouse-Le Mirail.
- CHAPELA Y MENDOZA G., Julio de 1982. "La producción porcina en la región de La Piedad" en *Revista de Geografía Agrícola* 3. Universidad autónoma de Chapingo, Chapingo.
- FEDER E., 1980. "La irracional competencia entre el hombre y el animal por los recursos agrícolas de los países subdesarrollados" en *El Trimestre Económico*, vol. XLVII, núm. 185. México, FCE.
- OLVEDA J. Y., CASTILLO M. G., 1988. (Compls.) *Estadística de los Altos de Jalisco*. Gobierno de Jalisco, Unidad Editorial, Guadalupe.

Parecería que la diversificación y especialización de las economías rurales como la de La Piedad-Santa Ana han hecho posible una gran pero silenciosa transformación: que la gente del campo haya podido seguir viviendo en su tierra, aunque cada vez menos del campo y los quehaceres agrícolas.

- PEREZ ESPEJO R. *Aspectos económicos de la porcicultura en México: 1960-1985*. Asociación Americana de Soya, sin fecha, México.
- PÉREZ ESPEJO R., 1987. *Agricultura y ganadería*. Ediciones de Cultura Popular, Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM, México.